

Este año, con motivo de la llegada de la Marcha Mundial de las Mujeres a Gasteiz, se vuelve a poner sobre la mesa uno de los temas más importantes en las luchas feministas: EL DERECHO A DECIDIR LIBREMENTE SOBRE NUESTROS CUERPOS. Derecho que nos siguen negando los poderes políticos, judiciales, religiosos y sanitarios. Siguen obstaculizando el derecho al aborto y deciden sobre nuestros cuerpos como si fuera propiedad de todos ellos.

No podemos construir unas relaciones sexuales libres, no podemos decidir libremente con quién, cuándo y cómo nos queremos relacionar. No nos dejan decidir cuándo, cómo y junto a quién queremos ser madres o si no lo queremos ser, aún hoy la maternidad es un arma de control sobre nosotras.

La ciencia y la medicina interviene en nuestros cuerpos obligándonos a construir dos únicos géneros (hombre-mujer), que nos oprimen, nos encorsetan, nos limitan, nos encasillan y donde no se tienen en cuenta ni los deseos ni la diversidad sexual. El heteropatriarcado necesita de este binomio para sostenerse, estableciendo relaciones desiguales de poder institucionalizando nuestras mentes mediante la educación, el estado, la iglesia y la sociedad.

La educación afectivo-sexual representa un aspecto de gran importancia en la vida del alumnado, sin embargo, actualmente sigue siendo escasa y heterocentrada. Ocupa un lugar siempre secundario en el currículum escolar normalmente supeditado al espacio de "alternativa a la religión". La información que llega a la población adolescente no es completa, porque llega sesgada y censurada, se centra en la anticoncepción que se convierte más en un negocio para las farmacéuticas que en un derecho.

El mercado laboral sigue discriminando a las mujeres; con mayores situaciones de precariedad, mayores desigualdades salariales y con una participación importante en la economía sumergida, todo esto se agudiza más aún en tiempos de crisis. En este sentido, el tabú que estigmatiza la sexualidad femenina sigue condenando y marginando también a trabajadoras sexuales, obviando sus reivindicaciones y no reconociendo sus derechos laborales, ni a ellas como interlocutoras de sí mismas.

Justificadas por la religión y la cultura heteropatriarcal y amparadas por la mayoría de los gobiernos, las prácticas de discriminación y de negación de la capacidad de las mujeres a decidir sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas son abundantes: nos imposibilitan interrumpir voluntariamente un embarazo o tener que enfrentarnos a la lesbofobia y la transfobia en la vida cotidiana, realidad a la que nos enfrentamos en nuestra sociedad.

Y hemos de ser nosotras las que decidamos, tenemos que reivindicar nuestros cuerpos y el derecho a decidir sobre ellos, contra cualquier tipo de poder. Por todo ello, una vez más, desde los movimientos feministas exigimos el reconocimiento de la autonomía sexual y reproductiva de todas las mujeres y el derecho a una sexualidad libre, transgresora y liberadora.

NI ESTADO, NI CURAS, NI MÉDICOS, NI JUECES, NOSOTRAS DECIDIMOS.